

Unidad V

EL MOVIMIENTO LIBERADOR DE LOS AÑOS TREINTA: ALGUNAS CONCLUSIONES

En medio del borrascoso, complejo y contradictorio desarrollo del movimiento liberador antiimperialista de los años treinta en México se puede observar claramente una tendencia fundamental: **el esfuerzo de las fuerzas democráticas y progresistas de realizar transformaciones sociales capaces de abrir a México la perspectiva del desarrollo no capitalista.** Por otra parte, esta finalidad se planteaba en México no de una manera espontánea, sino con toda conciencia, como una tarea que debía ser resuelta por el grupo político que en aquel tiempo detentaba el poder. La misma consigna sobre la instauración de la democracia de los trabajadores y del régimen socialista, inscrita en la declaración de principios del Partido de la Revolución Mexicana era una prueba de la existencia de la referida tendencia en el gobierno encabezado por el presidente Cárdenas. Este hecho por sí mismo confirmaba la influencia creciente que las ideas del socialismo ejercían sobre la lucha liberadora, era una prueba de la atrayente fuerza de las ideas de la Gran Revolución Socialista de Octubre y del primer Estado socialista en el mundo. Es menester tomar en cuenta algunos otros factores que determinaron el desarrollo considerable de los estados de ánimo anti-

imperialistas y anticapitalistas, la popularidad de las ideas del socialismo en México durante los años treinta.

Gran influencia sobre el crecimiento de estos estados de ánimo produjo la crisis económica mundial de 1929-1933 que hizo perder la confianza de las masas populares en la inmutabilidad y firmeza del sistema capitalista. Para México la crisis económica tuvo consecuencias graves. No se trataba solamente del empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores ni de la violación del funcionamiento normal de todo el sistema económico. La crisis que con toda fuerza azotó a los Estados Unidos, desempeñó un papel importante para que las amplias capas de la población mexicana comenzaran a liberarse de la hipnosis del todopoderoso **vecino del norte**; comenzaron a revisar los antiguos dogmas fatalistas sobre la imposibilidad de luchar con éxito contra el imperialismo y la liberación, dada la cercanía geográfica de los Estados Unidos.

El fortalecimiento de estos estados de ánimo, hostiles a las teorías sobre el fatalismo geográfico, desembocaba en una mayor profundización de la crisis en las filas del grupo gobernante que para justificar su política conciliadora con el imperialismo se apoyaba especialmente en la propagación de esta teoría.

A principios de los años treinta el llamado caudillismo revolucionario, variante mexicana específica del bonapartismo, renació con la dominación de la élite burgués-burocrática, de los "generales revolucionarios" enriquecidos, de los altos funcionarios y de los comerciantes políticos.

Este grupo gobernante que se hacía llamar **familia revolucionaria** hizo incalculables esfuerzos por consolidar su dominación.

Los políticos de la **familia revolucionaria** declararon que el capitalismo y el fortalecimiento de los principios de la propiedad privada y de la "libre" iniciativa era un beneficio para el pueblo mexicano. Con esta finalidad los círculos gobernantes trataron de fortalecer el capitalismo por medio de decretos y leyes. Pero estos intentos resultaron ser una prenda artificial, como en el caso de la creación de una "fuerte" y "conservadora" clase de los granjeros.

Las masas campesinas se opusieron decididamente a los intentos de la élite gobernante de liquidar las formas comunales y ejidales para favorecer a un pequeño grupo de ricos del

campo. La oposición de los campesinos a la política de la parcelización de las tierras ejidales, su falta de deseo de convertirse en propietarios particulares "libres" se explicaba por las particularidades del desarrollo histórico del país, por la existencia de fuertes tradiciones comunales entre el campesinado, por la misma estructura de la agricultura en la que en un polo se encontraba un grupo de latifundistas y en el otro la gran masa de gente sin tierra.

Los intentos por crear artificialmente la clase de los granjeros en el país, de violentar las formas comunales de la agricultura, solamente desacreditaron más entre las masas campesinas a las ideas de la propiedad privada capitalista, fortalecieron las posiciones de las fuerzas revolucionarias de la sociedad mexicana que ligaron las soluciones cardinales del problema agrario con la liquidación del latifundismo.

No fueron menos burdas y artificiales las formas en que se manifestó el intento del grupo gobernante de crear la capa de los "capitalistas nacionales", de poner las bases para el desarrollo "orgánico" del capitalismo en el país. En realidad este desarrollo "capitalista" se manifestó en la creación de una capa de burócratas, de comerciantes salidos de las filas de la familia revolucionaria y que ligaban su suerte a los monopolios extranjeros y a la gran burguesía reaccionaria local. Ante las masas populares el sistema capitalista se identificaba cada vez más con esa burguesía especuladora, con el escandaloso enriquecimiento de unos cuantos, con la corrupción y la venalidad que reinaba en el aparato estatal y con la opresión del capital extranjero.

El crecimiento del movimiento huelguístico, el aumento de la lucha de las masas campesinas por la tierra, el mayor descontento de las amplias capas pequeñoburguesas de la población, todo indicaba que los trabajadores no deseaban más vivir como antes, que exigían cambios en la política de profundas transformaciones sociales. También en los círculos gobernantes y en las filas del Partido Revolucionario se agudizaba la lucha en torno a los problemas de los caminos del desarrollo del país. La política conciliadora del grupo callista provocaba un creciente descontento de las fuerzas progresistas del Partido Revolucionario y del aparato estatal.

En estas condiciones, la candidatura del general Lázaro Cárdenas, conocido por sus concepciones radicales y antiimpe-

rialistas, adquiría especial importancia y se salía de los límites de un acto protocolario, formal.

Los partidarios de Cárdenas, apoyándose en las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, lograron infligir una derrota a la reacción callista, fortalecerse en el poder e imprimir a la política gubernamental un carácter progresista y dinámico.

El rompimiento con el callismo amplió la base social del gobierno de Cárdenas, atrajo a su favor a aquellas capas de la población que no participaban en el movimiento liberador. Muy importante fue la política seguida por Cárdenas en relación con las capas católicas de la población. El gobierno de Cárdenas, apoyado por las fuerzas progresistas, terminó con la demagogia anticlerical del régimen callista, extirpó del aparato gubernamental a los aventureros y demagogos ocupados en encender la guerra antirreligiosa. Pero lo más importante residía en que el grupo político que había llegado al poder, iniciaba transformaciones sociales que respondían a los intereses de la población laboral, independientemente de que fuera católica o no.

La reforma agraria adquirió una importancia especial para el desarrollo social del país. La política agraria del gobierno de Cárdenas rompió claramente con el pasado; a la política de creación de economías de granjas y de conversión de las tierras ejidales en un conglomerado de parcelas, opuso la política del fortalecimiento y desarrollo multilateral del sector ejidal en la agricultura, incluso en las zonas claves de la producción mercantil. Y semejante camino ejidal de desarrollo se identificaba con la preparación de las condiciones para crear una nueva sociedad cooperativa de tipo no capitalista.

Fue muy importante el que el gobierno haya declarado que la ayuda del Estado era un factor decisivo para el fortalecimiento del sector ejidal que debía —al decir de los ideólogos del gobierno— demostrar la superioridad de las formas cooperativas colectivas, de la economía con respecto a las formas particulares, capitalistas.

Con esta finalidad el gobierno fundó el Banco de Crédito Ejidal, puso en función una serie de medidas para ayudar a los ejidatarios.

Esta política era una prueba de que el gobierno estimulaba las formas cooperativas del cultivo de la tierra, hablaba de su convencimiento de la necesidad de buscar sendas de des-

arrollo de la agricultura diferentes de los caminos capitalistas. En este sentido, la expropiación de las tierras de los grandes plantadores capitalistas de la Comarca Lagunera y de algunas otras regiones del país, así como la creación de economías cooperativas de alta productividad, tuvieron gran importancia para la radicalización de las transformaciones agrarias.

Junto a la reforma agraria se realizaron importantes transformaciones en otras ramas de la vida social y económica del país.

La tesonera lucha de la clase obrera elevó considerablemente su influencia en la vida política del país. El proletariado liquidó las limitaciones a la lucha por sus derechos e hizo que se incluyeran cambios progresistas importantes en la legislación obrera.

En medio del auge nacional de la lucha de las masas populares, de la activísima participación del proletariado, se efectuó la nacionalización de los ferrocarriles y se obtuvo un triunfo histórico con la expropiación del petróleo.

Un rasgo específico de las transformaciones económico-sociales en México residía en que en aquel periodo adquirió mayor influencia el sector estatal; probaba la tendencia antiimperialista y progresista de este sector, el hecho de que en él estaban incluidas ramas tan importantes de la economía como los ferrocarriles y la industria petrolera vueltas al dominio de México como resultado de la nacionalización de las propiedades de las compañías extranjeras.

Otro rasgo tan característico, como el anterior, en el sector estatal consistía en que en una serie de sus ramas existía administración obrera o bien administración mixta de los sindicatos y del Estado. Ello daba al sector estatal en México un carácter específico y hacía posible, en condiciones favorables, utilizarle como apoyo para realizar transformaciones sociales de mayor alcance.

En México surgió una situación tal en la que las particularidades señaladas del sector estatal no ayudaban objetivamente a la elevación del prestigio de las ideas del capitalismo en el país, hicieron posible el desarrollo de la economía por caminos diferentes a la libre empresa. En cierta medida se puede, incluso, decir que el sector estatal ayudó a fortalecer en las filas

del proletariado mexicano las tendencias anticapitalistas, fortaleció su voluntad de luchar por transformaciones sociales profundas.

Estas transformaciones, efectuadas por el gobierno de Cárdenas, crearon la fuerte oposición de la gran burguesía y especialmente de la burguesía de uno de los centros industriales más importantes del país, la ciudad de Monterrey. La burguesía emprendió una ruidosa campaña demagógica acusando al gobierno de tratar de instaurar en el país la dictadura del proletariado, de liquidar las instituciones y las tradiciones nacionales; trató de encender en el país una campaña anticomunista, de empujar al gobierno de Cárdenas a un rompimiento con las fuerzas democráticas, revolucionarias. Empero estos intentos no dieron a la reacción los resultados que esperaba. Demasiado fuertes resultaron en las amplias capas de la población, en aquel periodo, los ánimos democráticos y antiimperialistas como para que el anticomunismo pudiera hacer de las suyas impunemente.

Papel importante en la derrota inflingida a la campaña anticomunista correspondió a Lázaro Cárdenas y a los cardenistas, quienes actuaron con gran decisión contra las maniobras de la reacción y declararon que el anticomunismo era incompatible con el desarrollo progresista del país.

El fracaso de la reacción —que actuó llevando como bandera el anticomunismo— fue muy importante para el desarrollo de los procesos liberador-revolucionarios en México.

La gran burguesía reaccionaria resultó aislada políticamente no fue capaz de influir con cierta importancia en la política gubernamental.

Este aislamiento aumentó como resultado de la salida de los callistas de puestos importantes del aparato estatal pues así fue posible liquidar ese canal a través del cual la gran burguesía trataba de influir sobre la política del gobierno.

Los fracasos políticos e ideológicos de la reacción permitieron a los cardenistas afianzar sus posiciones, ampliar la base social de apoyo a su política, sostener un programa de transformaciones sociales y antiimperialistas más claro y combativo.

No es casual que en este periodo (1936-1938) se lograron los éxitos más sobresalientes del movimiento liberador; se ma-

nifestaron en forma mejor las tendencias progresistas, antiimperialistas, en la política del gobierno de Cárdenas, política ligada indisolublemente con el problema de la democracia revolucionaria mexicana y con su influencia en el desarrollo del movimiento liberador en el país.

El fortalecimiento de las posiciones de la democracia revolucionaria mexicana no fue un fenómeno casual. Este proceso debe ser considerado necesariamente en estrecha relación con los cambios histórico-universales y en primer lugar con el triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

Con el inicio de la crisis general del capitalismo y el triunfo de la revolución socialista en Rusia, el movimiento liberador se convirtió en una parte integrante de la revolución socialista mundial. Y esto no podía por menos que ejercer una profunda influencia en todas las fuerzas sociales participantes del movimiento liberador.

Profundos cambios se produjeron particularmente en las filas democrático-revolucionarias. Según los representantes del democratismo revolucionario de los países subdesarrollados y dependientes, habían surgido posibilidades propicias para fundamentar de una manera más real y firme sus sinceros deseos anticapitalistas, tomando en cuenta el precedente y el vivo ejemplo dado por el primer Estado socialista en el mundo.

No es casual que la experiencia de la construcción del socialismo en la URSS se convirtiera en el centro de atención de la democracia revolucionaria y fuera estudiada por sus representantes. En este sentido, México puede servir de ejemplo convincente y claro. Esto tiene su explicación fundamentalmente en la gran semejanza de las condiciones económico-sociales de México y las de la Rusia prerrevolucionaria, particularmente en lo que se refiere a la agricultura (existencia de formas comunales en la agricultura, amplias masas campesinas no estaban ligadas a la propiedad privada). En estas condiciones, es natural que la experiencia de la Unión Soviética en las cooperativas de la agricultura, la política del gobierno soviético en relación con el sector comunal, ejerciera poca influencia en las búsquedas ideológicas y políticas de la democracia revolucionaria mexicana. Las transformaciones agrarias y de otro tipo del gobierno de Cárdenas, bajo la influencia de los representantes del democratismo revolucionario, fueron posibles, sin lugar a dudas, gracias a las nuevas condiciones históricas en las que el movi-

miento liberador se convirtió en parte integrante de la revolución socialista mundial. Esto es confirmado por la misma ideología de la democracia revolucionaria mexicana que reconoce la indisoluble ligazón que existe entre la lucha liberadora en México y la lucha revolucionaria de los trabajadores, de las masas proletarias, de todo el mundo.

La experiencia del movimiento liberador mexicano y de las transformaciones sociales es rica en enseñanzas desde el punto de vista de que rechaza la idea del camino "especial" de desarrollo de los países latinoamericanos, y la incompatibilidad —en las condiciones propias a América Latina— de las ideas de la transformación socialista de la sociedad.

Ahora bien, una serie de factores tanto de índole objetiva como subjetiva no permitieron la consolidación de la democracia revolucionaria en el poder ni realizar plenamente aquellas reformas que en determinadas condiciones pudieran crear premisas favorables para el desarrollo socialista del país.

La causa fundamental de que esto ocurriera, según creemos, residió en que la corriente democrático-revolucionaria, que durante algún tiempo influyó considerablemente en la política del gobierno de Lázaro Cárdenas, no logró convertirse en una fuerza orgánica de la sociedad mexicana, no pudo crear una unidad estrecha con otras agrupaciones y clases que sostenían posiciones progresistas. En aquel periodo, las posibilidades de que la democracia revolucionaria estableciera un íntimo contacto con las fuerzas más avanzadas y se acercara a su ideología revolucionaria no tuvieron lugar.

Los representantes de la corriente democrático-revolucionaria llegaron al poder en el momento en que los trabajadores de la ciudad y del campo todavía no estaban organizados realmente ni contaban con claras perspectivas y finalidades de lucha, carecían de una dirección de clase independiente.

En estas condiciones los partidarios de Cárdenas, ante la necesidad de recibir apoyo de las masas trabajadoras para emprender la lucha contra el imperialismo y la reacción, se presentaban con frecuencia como los iniciadores de la unificación de las masas campesinas y obreras, las llamaban a elevar y profundizar la lucha por sus derechos. Con todos los rasgos progresistas de la política de los representantes del democratismo revolucionario para unificar a los trabajadores, en esa política

existían evidentes aspectos negativos que en determinadas condiciones podían debilitar al movimiento liberador como ocurrió después. Nos referimos en primer lugar a la unificación de los trabajadores desde arriba; la opinión de los miembros de base de las organizaciones obreras y campesinas no se tomaba en cuenta, lo cual debilitaba en última instancia la fuerza de la misma organización, hacia depender su actividad del gobierno.

La actividad del Partido de la Revolución Mexicana puede servir de vivo ejemplo de cómo este cuadro influía negativamente en los destinos del movimiento liberador.

Este partido, que según la idea de sus fundadores debía dirigir a las clases trabajadoras hacia el socialismo, se convirtió gradualmente en una unión política de dirigentes de diversos sectores que sustituían el desarrollo de la democracia interna y la iniciativa de las masas trabajadoras, con combinaciones y acuerdos en las alturas. El resultado de esto fue una mayor separación entre la dirección del partido y la base, cuya función estribaba en el cumplimiento mecánico de las disposiciones de la dirección; además, aumentó el burocratismo del aparato de partido. Este proceso debilitaba considerablemente las posiciones de los representantes de la corriente democrático-revolucionaria, quienes, por otra parte, no pudieron practicar con éxito una política de amplias alianzas, principalmente entre los obreros y los campesinos. Esto se explica por la fuerte influencia de la ideología del agrarismo en la política del gobierno.

En los años treinta el agrarismo como corriente ideológica y política en México adquirió rasgos bastante evidentes de **socialismo campesino** que de una manera específica y caprichosa se entretajeron con las ideas del democratismo agrario. En cierta medida los partidarios del agrarismo eran propagandistas del socialismo mexicano, "especial y autónomo" y llamaban a volver la mirada hacia la época precolombina, con el fin de renacer sobre una nueva base institutos indígenas como el ejido. Las concepciones de los agraristas no podían sino influir en su actitud hacia el proletariado y hacia otras capas trabajadoras de la población. Precisamente los representantes del agrarismo, uno de los destacamentos más activos de la democracia revolucionaria mexicana, aprobaron con especial energía la unificación de las masas campesinas bajo la égida del gobierno y le negaban a la clase obrera el derecho de dirigir al movimiento campesino. Destacadas personalidades del agrarismo, al convertirse en los

años de la presidencia de Cárdenas en dirigentes de las organizaciones campesinas, estorbaban el fortalecimiento de la colaboración entre los obreros y los campesinos, y objetivamente sembraban con su posición la desconfianza de los trabajadores del campo hacia el proletariado urbano. Influido por las posiciones ideológicas de los agraristas, el gobierno —cubriéndose con la bandera de la conservación de la "pureza" de la ideología proletaria, de la defensa de las finalidades y tareas de la lucha de la clase obrera se oponía al establecimiento de una estrecha colaboración entre los obreros y los campesinos, se manifestaba por la coexistencia paralela e "independiente" de las organizaciones obreras y las campesinas. De hecho, semejante "independencia", sin hablar ya del desprecio evidente del papel de la clase obrera, no solamente profundizaba la división entre los movimientos obrero y campesino, sino que también debilitaba las posiciones de la misma democracia revolucionaria.

En cierta medida, este proceso, de gran peligro para el desarrollo exitoso del movimiento liberador-revolucionario, se explica por las serias debilidades y contradicciones de la ideología de las fuerzas democráticas mexicanas. En el México de aquel período se hablaba mucho del marxismo; se le declaraba poco menos que la base ideológica del movimiento liberador del país. Con especial fuerza se manifestaban adictos del marxismo los líderes del movimiento sindical encabezados por la Confederación de Trabajadores de México. Es indiscutible que la propaganda de las tesis generales del marxismo desempeñó un buen papel en la educación de los trabajadores, les creó el interés por la teoría revolucionaria; pero en México no se fue más allá de la propaganda puramente ilustrativa y en cierto grado vulgar de las tesis marxistas generales.

Es más, tal propaganda creó condiciones favorables para la penetración y la amplia propagación de la, en cierta medida, variante mexicana del **marxismo legal** con su absolutización de los rasgos específicos de las condiciones mexicanas, y su declaración de que se vivía una etapa especial "nacional" del movimiento liberador-revolucionario y su interpretación objetivista de la consigna de la lucha por la liberación económica.

Un rasgo peculiar del **marxismo legal** en México residió en que sus propagandistas se presentaban como los fustigadores de los partidarios de la teoría revolucionaria "ortodoxa". Los representantes de esta corriente caracterizaban como "reaccio-

naría" y "proimperialista" a toda la burguesía mexicana y despreciaban a las capas pequeño-burguesas de la población. Sus ruidosas campañas propagandistas sobre la "educación ideológica" de la intelectualidad mexicana, con frecuencia estaban plenas de doctrinarismo y de autosuficiencia, se distinguían por llevar a sus términos más vulgares la teoría marxista. El ultraradicalismo verbal trajo no poco daño al movimiento liberador, creó una gran confusión ideológica.

Las fuerzas reaccionarias utilizaban con gran destreza las declaraciones "anticapitalistas" sectarias para rodear de desconfianza a las fuerzas democráticas, entre amplias capas de la población, especialmente de la pequeña burguesía; asimismo, desprestigiaban al comunismo y al socialismo.

En su propaganda de descrédito de las ideas del socialismo, la reacción se valía no sin éxito de que los propagandistas más entusiastas de las consignas ultraizquierdistas eran dirigentes del movimiento sindical.

La esterilidad del "marxismo" de los dirigentes de la Confederación de Trabajadores de México y en primer lugar de Vicente Lombardo Toledano, su secretario general quedó en evidencia durante los años de la segunda guerra mundial; abogaron ardientemente por el desarrollo capitalista del país y justificaron la política de subordinación del proletariado a la burguesía. Cayó la máscaraseudoradical y el marxismo legal se presentó sin sus altisonancias izquierdizantes.

El radicalismo verbal, adobado con fraseología marxista, ejerció cierta influencia en los representantes del democratismo revolucionario que ocupaban puestos importantes en el aparato gubernamental. Con deseos sinceros de crear una nueva sociedad que terminara con la explotación del hombre por el hombre, estos representantes frecuentemente se adelantaban un poco en su política y cometían errores de izquierda, como sucedió cuando a propósito de la reforma agraria lanzaron la consigna del cooperativismo en la economía, sin contar con una sólida base material; ante esta carencia las cooperativas fracasaron y esto dio pie a la reacción para loar las ventajas de la propiedad privada.

En el problema educativo también hubo errores; con el pretexto de luchar contra la "influencia burguesa" se aplicaron me-

didias que contraponían al gobierno con las amplias capas de la población.

La debilidad más grande de las fuerzas democráticas se basaba en la falta de unidad de la clase obrera y del campesinado. La colaboración entre los obreros y los campesinos en los marcos del Partido de la Revolución Mexicana tenía un carácter formal y burocrático, ya que la colaboración desde abajo era sustituida por las declaraciones de los líderes, y aun los acuerdos entre éstos tenían un carácter protocolario, no daban ninguna base para el fortalecimiento de la unidad entre los trabajadores de la ciudad y del campo.

Muchas veces el economismo, en sus manifestaciones más limitadas, originó relaciones frías y disensiones entre los dirigentes de las organizaciones obreras y campesinas. En el plano ideológico surgió la contraposición de las ideas del agrarismo al marxismo revolucionario y viceversa. En lo político, estas contradicciones servían a ciertos círculos del gobierno para impedir las acciones independientes de las masas trabajadoras. Paradójicamente, algunos elementos progresistas del aparato gubernamental esperaban que el control sobre las organizaciones obreras y campesinas crearía una base firme para las transformaciones sociales; semejante posición deterioraba la base de masas del gobierno, debilitaba su capacidad política. En consecuencia, se profundizaba la separación entre los deseos —aunque fueran sinceros— de continuar la política de las reformas sociales y las posibilidades reales.

Es necesario señalar en lugar especial las actividades erróneas de los líderes del movimiento sindical que pretendían ejercer una influencia "proletaria" sobre la política gubernamental. En lugar de dirigir su política para crear una verdadera unidad obrero-campesina, se limitaban a declaraciones sobre la necesidad de semejante unidad y de hecho no hacían nada. Ellos no sólo no ayudaban a erradicar la desconfianza que campeaba en las organizaciones campesinas y en la pequeña burguesía hacia la clase obrera, sino que objetivamente, con sus acciones, aumentaban esta desconfianza.

Al referirnos al carácter contradictorio del movimiento liberador antiimperialista, es necesario tomar en cuenta la actividad, en aquel periodo, del Partido Comunista Mexicano.

Los comunistas mexicanos participaron activamente en el

movimiento liberador, hicieron una importante aportación a los éxitos de la lucha antiimperialista del pueblo mexicano. El Partido Comunista Mexicano, encabezado por destacadas personalidades del movimiento revolucionario como Hernán Laborde y Valentín Campa, se esforzó por aplicar creativamente a la realidad mexicana las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista, por utilizar la experiencia de los partidos comunistas de los países europeos (como España y Francia) en la creación del frente popular.

Una gran aportación de los comunistas mexicanos fue el hecho de que en aquel periodo plantearon el problema de la existencia en el país de condiciones favorables para crear una democracia de nuevo tipo, análoga a la que se había creado en España. Los comunistas se caracterizaron por sus esfuerzos de establecer una íntima colaboración con el ala democrático-revolucionaria del movimiento liberador, con todas las fuerzas progresistas y por contribuir a la realización de las transformaciones sociales del país y a la lucha contra el imperialismo y la reacción.

Carece de fundamento la acusación de sectarios y dogmáticos que se hace a los comunistas mexicanos del periodo presidencial del general Lázaro Cárdenas. Todo lo contrario, los más de los acusadores se caracterizaron en los años treinta por su "ultrarrevolucionarismo", por su política sectaria, en la práctica. No se puede negar que los comunistas cometieron errores en aquel periodo, pero se trataba de otro tipo de errores que nada tenían que ver con el sectarismo. Errores de los comunistas fueron sobrestimar las posibilidades revolucionarias del gobierno de Lázaro Cárdenas, desatender la labor entre las masas populares y las formas organizativas y políticas de la colaboración con las fuerzas progresistas. Es indiscutible que estas deficiencias junto con otras de las fuerzas democráticas y antiimperialistas, desempeñaron determinado papel en el debilitamiento del poderío ofensivo del movimiento liberador, revolucionario, y facilitaron el fortalecimiento en el gobierno de los elementos conservadores y conciliadores. La causa fundamental de esta situación, sin embargo, era otra: la separación cada vez más profunda entre la superestructura política y la base económica. Las cosas tomaron tal cariz que la superestructura ideológica y política, sobre la que ejercía considerable influencia la democracia revolucionaria, se caracterizaba —que duda cabe— por rasgos progresistas y tenía la tendencia a radicalizarse más.

Empero, en el aspecto de las transformaciones de la estructura económica del país la situación se conformó de manera distinta.

Con todo lo abnegado y sincero que tenía el planteamiento del problema de la senda socialista de desarrollo en México, los representantes de la corriente democrática revolucionaria, que determinaban muchos de los aspectos principales de la política gubernamental, no fueron capaces de cambiar la tendencia general de las transformaciones económicas que, en las condiciones objetivas surgidas en el país, prepararon el terreno para que se fortalecieran las relaciones capitalistas y se reforzaran las posiciones de la burguesía.

Esto se explica en cierta medida por la falta de firmes premisas económicas, por la debilidad económica del Estado que debió jugar un determinado papel en la creación de las bases firmes necesarias para llevar al país a un nuevo camino de desarrollo. Las fortalezas de la lucha por ese camino de desarrollo (el sector nacionalizado de la economía, la producción cooperativista en la industria, la escuela socialista), que con ayuda del Estado fueron creadas por los representantes del ala radical-democrática del gobierno, resultaron, en última instancia, islotes rodeados de la espontaneidad capitalista privada.

Otro factor importante de que las posibilidades objetivas para lograr una mayor profundización de las transformaciones sociales no fueran aprovechadas reside en el hecho de que la democracia revolucionaria mexicana no pudo fortalecer firmemente su poder ni crear una amplia base de apoyo en el país. La misma campaña electoral de 1939-1940, cuando el Partido de la Revolución Mexicana propuso como candidato a la presidencia de la república a Manuel Avila Camacho, conocido por sus concepciones moderadas, constituyó una prueba de que la libertad de acción del ala democrático-revolucionaria en los círculos gubernamentales era limitada y la presión ejercida por las fuerzas conservadoras, en cambio, aumentaba. Lo grave es que en muchos casos los mismos representantes de la democracia revolucionaria con sus métodos burocráticos y autoritarios de dirección de las organizaciones de masas, facilitaron el dominio de las fuerzas conservadoras. Este cambio afectó todo el desarrollo de México.

El Banco de Crédito Ejidal comenzó a aplicar la política de la parcelización de las tierras ejidales; la administración obrera en los ferrocarriles fue sustituida, hubo reformas en la direc-

ción de la industria petrolera. Las tendencias capitalistas determinaron cada vez más el funcionamiento del sector estatal.

La tensión de las relaciones entre los obreros ocupados en las ramas nacionalizadas de la industria y el gobierno de Cárdenas demostraron en forma dramática el fortalecimiento de estas tendencias. No es casual que a la dirección de las empresas estatales hayan llegado personalidades "realistas", para quienes la "efectividad", la "rentabilidad" y el éxito "comercial" de las empresas, en el sentido capitalista de esta palabra, estaban por encima de todo lo demás.

Ese viraje en los acontecimientos fue un fuerte golpe a las fuerzas progresistas, los cardenistas. Para muchos se trató de una tragedia personal, constituyó el derrumbe de sus ideales, pero no dejaron de defender sus posiciones y criticaron las nuevas tendencias, las tendencias capitalistas en la política gubernamental. En cambio, hubo también personas —y por cierto no fueron pocas— que fácilmente se conciliaron con los cambios en la política y para ello encontraron fundamentos "teóricos"; estas personas constituyeron esa capa de la burguesía burocrática "nueva" que se avenía a las mil maravillas con la burguesía "tradicional". Esto, por una parte, demuestra una vez más la justeza de la tesis que dice que en el periodo de auge del movimiento revolucionario a sus filas llega todo tipo de gente que quiere pescar en río revuelto. Al mismo tiempo estos cambios prueban lo complejo y contradictorio que fue el desarrollo de los acontecimientos que llevaron al surgimiento de una nueva situación en el país.

Ahora bien, ¿por qué se llevó a cabo ese cambio tan rápidamente?, ¿por qué un proceso revolucionario, aparentemente fuerte y profundo, derivó hacia el lado opuesto: el fortalecimiento de relaciones capitalistas? Hay gente que frecuentemente atribuye este hecho a la segunda guerra mundial. Indudablemente que ésta influyó. La situación internacional era crítica; la lucha heroica del pueblo español había fracasado, el Frente Popular había dejado de existir en Francia y las potencias occidentales mantenían frente al fascismo una política que no se puede llamar de otra manera que de instigación contra la Unión Soviética. Aun en la misma América Latina se observaba cierta caída del movimiento liberador, una específica "estabilización" sobre base conservadora. El Frente Popular en Chile, en el que se ponían no pocas esperanzas, no logró transformaciones sociales

profundas ni cambios esenciales en la vida política del país. Todo lo anterior, desfavorable para la lucha de las fuerzas antifascistas y antiimperialistas del mundo, no podía dejar de influir en México y su correlación de fuerzas sociales, significó un estímulo para las fuerzas reaccionarias de México y fortaleció las tendencias conservadoras y conciliadoras en el gobierno, desalentando a las fuerzas progresistas.

La creciente amenaza del fascismo a la independencia de los pueblos amantes de la paz obligó a fortalecer la unidad de todas las agrupaciones, corrientes y personalidades patriotas de México, en estas condiciones, según parece y por razones de orden táctico, era imposible no detener, ni plegar, la anterior política. Ese tipo de repliegues tácticos, de rodeos, no sólo no son contraproducentes para las fuerzas progresistas, sino, por el contrario, son extremadamente necesarios en determinadas situaciones históricas, pero en México la política nacional durante la guerra mundial, ya no era elaborada por las fuerzas que detenían el poder en los años del auge supremo del movimiento antiimperialista. La correlación de fuerzas en México en el año de 1941 se conformó de tal manera que con la política de **unidad nacional** no se trataba ya de hacer simples cambios tácticos en la política cardenista, sino, en esencia, de una revisión de sus tesis principales.

Precisamente en los años de la guerra el gobierno desechó muchos de los principales planteamientos de la política del gobierno del general Lázaro Cárdenas, principalmente en lo que atañía a la política agraria, ahora se niega ayuda a los ejidos y a las cooperativas y se estimula el desarrollo del sector capitalista y privado.

El gobierno de Manuel Avila Camacho, al presentar la consigna de la lucha por la elevación de la producción, estimuló el fortalecimiento de las posiciones de la burguesía local y creó condiciones favorables para el capital extranjero.

Al mismo tiempo, los cardenistas progresistas eran desalojados del aparato gubernamental y se les sustituía por políticos "realistas", libres de "extremismo" y de "doctrinarismo".

Todo indicaba que se trataba de acabar cuanto antes con el "extremismo" de los años treinta, de liquidar los "ensayos comunistas", indeseables desde el punto de vista del fortalecimiento de las posiciones de la burguesía.

Debemos señalar aquí un problema muy importante que ayuda mucho a comprender la política seguida por el gobierno de Cárdenas.

La misma definición de ensayo social que se dio a las transformaciones sociales del periodo presidencial de Cárdenas fue muy propagada y existía cierto fundamento para llegar a esa caracterización. Sin embargo, no se trataba del ensayo social a que aluden los adversarios de la política de Cárdenas, para quienes la política de los años treinta se identificaba con el intento de transportar a tierras mexicanas el "sistema comunista soviético", de establecer la "dictadura del proletariado".

De hecho en el México de los años treinta se intentó detener el desarrollo del país por la senda capitalista, de encontrar una nueva senda de desarrollo. La lucha por una nueva sociedad no fue de ninguna manera resultado de la importación de "ideas exóticas", ni de la actividad del "comunismo internacional". El auge del movimiento liberador antiimperialista y las transformaciones sociales, tenían su explicación en las condiciones internas del desarrollo del país, eran provocadas por la fuerte agudización de las contradicciones de clase, sociales. Y el hecho de que los representantes de las fuerzas progresistas de México declararan con insistencia que el movimiento liberador de México era parte integrante del movimiento revolucionario mundial del proletariado, de los pueblos oprimidos por el imperialismo, habla claramente de que en México no se desarrolló dicho movimiento de acuerdo con ciertas leyes especiales, sino, por el contrario, su historia estaba ligada con las tendencias cardinales del desarrollo de la historia mundial. Empero las transformaciones sociales de los años treinta no pasaron, en cuanto a sus rasgos esenciales, de los límites de un ensayo social, lo que se explica en primer lugar porque las particularidades del desarrollo del proceso liberador de México llevaron a una situación en la que los representantes del ala democrático-revolucionaria del gobierno de Cárdenas, por la falta de una verdadera unidad de las fuerzas democráticas, de una íntima colaboración entre los obreros y los campesinos, actuaban a tientas, hacían un ensayo. Y hay que reconocer que estos ensayos sociales, muchos de los cuales tuvieron grandes dimensiones, no siempre tomaban en cuenta las particularidades del desarrollo histórico y social del país, y de tiempo en tiempo tenían un carácter izquierdizante o bien se realizaban bajo la influencia de las ideas del romanticismo económico (algunos aspectos de las

transformaciones agrarias). Y lo principal era que las transformaciones sociales no se realizaban con frecuencia de acuerdo con un plan único, se realizaban como si se hubieran puesto en "subasta" para los diferentes grupos sociales en los que se apoyaba el gobierno de Cárdenas. Entre estas agrupaciones con frecuencia existían diferencias ideológicas serias. Así en varios casos surgió una tensión en las relaciones entre el sector ejidal y la **administración obrera**, entre los partidarios de la **escuela socialista** e importantes capas de la intelectualidad. En cierta medida, esta situación se explica porque los elementos de la nueva democracia, que surgía en aquel entonces en el país, resultaron aislados unos de los otros, no constituían un todo. Esto, sin duda, hacía que algunas reformas sociales fueran endebles y poco durables y facilitarían a la reacción el emprender una **lucha contra ella**.

En uno de sus trabajos dedicados a los problemas de la filosofía de la historia, Antonio Gramsci señalaba que "Napoleón de hecho representaba el triunfo de las fuerzas burguesas orgánicas sobre los jacobinos pequeño-burgueses". De inmediato subraya que "todos los movimientos políticos de semejante tipo siempre han tenido el mismo resultado".¹ Sin olvidar que los paralelos históricos cojean, señalemos de todas maneras que en México se produjo, en los años cuarenta, un proceso análogo, de desalojo de los representantes de las fuerzas "inorgánicas" del poder, del paso de la política de ensayos sociales a una política "realista". La diferencia entre el proceso señalado por Gramsci y el de México es ésta: aquí la lucha liberadora de los años treinta está ligada íntimamente con la continuidad histórica viva de los procesos sociales de México en la etapa contemporánea. La lucha actual de las fuerzas progresistas de México por el progreso social del país no surgió del vacío ni en forma inesperada, es la continuación lógica de toda la lucha del pasado, en la que ocupa lugar importante el movimiento liberador de los años treinta. Por otra parte, la participación activa de destacados personajes —que actuaron en la lucha liberadora de los años treinta— en la lucha antiimperialista actual subraya la continuidad, la vitalidad y la fuerza de los ideales por los que combatieron los demócratas revolucionarios, a pesar de que los círculos reaccionarios de la burguesía y sus ideólogos tratan de presentar a los cardenistas como ciertos utopistas y románticos cuyas concepciones han envejecido y a los que en el mejor de los casos cabe ver como curiosidad histórica. Sin embargo, la misma mofa que se intenta hacer de los demócratas revolucio-

narios es una prueba de que la experiencia del movimiento liberador de los años treinta y sus lecciones, no son algo que perteneciera definitivamente al pasado, sino una valiosa aportación a la lucha de las fuerzas avanzadas de la sociedad mexicana por transformaciones sociales.

Las reformas sociales de los años treinta imprimieron una profunda huella en todo el desarrollo posterior del país, influyen directamente en los métodos y en las formas de la lucha de las fuerzas progresistas y en toda la vida ideológica y política de México. Resulta imposible, por ejemplo, comprender las particularidades del desarrollo económico-social contemporáneo del país si no se toma en cuenta el enorme papel que desempeña el sector estatal fortalecido extraordinariamente durante los años del sexenio cardenista. A pesar de lo mucho que ha cambiado el sector estatal, en cuanto al tipo de su actividad en relación con los años treinta, éste continúa siendo un importante factor del desarrollo del país. De aquí se deriva la lucha de las fuerzas sociales más diversas en torno al problema del desarrollo posterior del sector estatal y de su papel en las transformaciones sociales, no es casual que en esas discusiones insistentemente se vuelvan los ojos a la experiencia de los años treinta, cuando el gobierno de Cárdenas se esforzaba por utilizar ese sector en bien del desarrollo independiente del país y de las profundas transformaciones sociales.

Lo mismo sucede con el problema agrario. Cuando las fuerzas progresistas luchan por cambios en el agro tratan de utilizar los éxitos alcanzados por el gobierno del general Lázaro Cárdenas, el sector cooperativo, para no dar más ejemplos.

Tomar de punto de referencia las reformas del gobierno de Cárdenas —quien declaró que su finalidad fundamental era la instauración de la democracia de los trabajadores— tiene importancia y es de actualidad en los momentos en que en México son cada vez más las capas de la población que se decepcionan del capitalismo y buscan nuevos senderos para el desarrollo del país.

Nada extraño es que hoy en México crezca el interés por las reformas de los años treinta, que se hagan mayores esfuerzos por concebir su sentido social e histórico y que se profundice en el conocimiento de los aspectos positivos y de los negativos de la política de aquellos años, las finalidades y los nobles

ideales por los que en aquellos años lucharon las fuerzas democrático-revolucionarias son afines a la actual generación de mexicanos que pugnan por el progreso y por la democracia.

Unidad VI

TRANSFORMACIONES POLITICAS Y SOCIALES EN MEXICO DE 1930 A 1960

Intentamos analizar aquí algunos problemas que se desprenden de las derivaciones socio-económicas y políticas de los cambios operados en México durante el sexenio cardenista; ante todo, de la reforma agraria y de las ramas de la economía y de la ind.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

En la posguerra, México vivió un período de desarrollo industrial acelerado, que lo situó en uno de los primeros lugares en el campo latinoamericano. Ciertos panegiristas del imperialismo norteamericano usan la experiencia mexicana con fines de propaganda. Elevan el camino mexicano de desarrollo al rango de variante óptima de desarrollo industrial de los países latinoamericanos. Cuando se elaboró el programa de la "Alianza para el Progreso" México sirvió de ejemplo. Lo importante es señalar que la variante mexicana, como tipo de desarrollo evolutivo en el capitalismo, es opuesta de diversas maneras a la variante revolucionaria cubana. Y al hacerlo, se disimula lo esencial: los elementos revolucionarios que están contenidos en el desarrollo de México.

Ahora bien, las condiciones decisivas que aseguraron el éxito y la rapidez del desarrollo económico, social y político de México.